

## La envoltura de la voz

Juan Gamiño E.

En los fines de año, reunidos en torno a una fogata y al pie de un horno boludo del que salían de tiempo en tiempo panes de trigo, nuestros abuelos, tíos, padres y viejos amigos de la familia llamaban a nuestra atención con tres palabras, sencillas y poderosas: "En aquellos tiempos..."

Ante esa frase éramos todo oídos. Brotaba una voz y de ella fluía un mundo que la envolvía, y era en esta envoltura hecha de historias y cuentos en que poco a poco nos reconocíamos (sobre todo mi familia, forzada a ir a la ciudad, de la cual se escapaba de cuando en cuando para volver a su pueblo). Por esa voz aprendimos los nombres de nuestros antepasados, sus aventuras y tragedias. Por esa voz aprendimos que aquella montaña lejana encerraba en sus cuevas tesoros, que eran posibles de rescatar si uno cumplía con los atributos del héroe requerido; nos enteramos de qué parajes, que lindaban con la ranhería, eran o no transitables de noche; memorizamos plegarias y conjuros para situaciones de peligro; nos asustamos con historias de aparecidos, festejamos el hallazgo fortuito de un tesoro y nos reímos de las travesuras que vivos, muertos y pequeños pingos se urdían mutuamente para divertirse a costillas de los otros.

En esas noches, gracias al poder evocador de la palabra, nacía un mundo que nos hacía suyos. Hoy no podría narrar esas historias, quizá en el recuerdo queden fijas un par de ellas, sin embargo creo que de una forma no muy precisa. Pero estoy seguro que, de alguna manera secreta, ese mundo forma parte de mí. Ese mundo está aquí adentro esperando el más leve roce, la más ínfima e imprevista provocación a que lo someta un olor, un color, una palabra, un recuerdo para aparecer nítido a la memoria. Si uno quisiera compartirlo, hacerlo explícito, traducirlo a palabras y a letras empiezan los problemas. Porque a las palabras o a las letras les haría falta una envoltura: la vivencia social.

Si esto sucede con el mundo imaginario que todos llevamos, ¿qué pasa cuando nos enfrentamos, vía tra-

dición oral ya plasmada en la escritura, a las experiencias de otros hombres, a los mitos e historias de otros pueblos? Respuesta desde la profesión que uno ha abrazado, y de la cual confieso estar apenas en los umbrales, la Etnología: recopilemos esos mitos en sus diferentes variantes, procedamos a describirlos y a compararlos, finalmente, a la luz de la teoría que mejor nos venga, habremos de someterlos a un análisis exhaustivo.

Veamos como proceden los especialistas. En su entrega de los meses de octubre-diciembre de 1984, la revista *América Indígena* del Instituto Indigenista Interamericano, presenta una selección de once ponencias (de cincuenta que se dieron en Washington, D. C., en 1984 en el marco del II Simposio Internacional sobre Literaturas Indígenas Americanas), que pretenden "reiterar el compromiso e interés del III-manifesto a lo largo de los años, a través de su programa editorial- con aquellas expresiones culturales de los pueblos indígenas, que ponen de relieve de manera más auténtica y directa sus pensamientos y sentimientos". Once ponencias que analizan la literatura indígena por tres vías: estudios sobre mitos recopilados en directo; mitos ya fijados en textos, y cómo elementos míticos indígenas aparecen en los textos de dos novelistas latinoamericanos y contemporáneos nuestros: Rosario Castellanos y Manuel Scorza.

¿Qué aparece, a lo largo de esta revista, del mundo indígena? Se nos dice que en un cuento peruano se han detectado elementos que denotan un sincretismo entre ideas del nuevo y del viejo mundo; que en un poema maya se utiliza un vocabulario limitado, y que gracias a combinaciones de grupos de sonidos, adquiere ritmo y melodía; que cierta forma de combinar los pareados gramaticales del quiché, reflejan una perspectiva sobre la vida en general; que es posible, mediante mínimas transposiciones, sintetizar las variantes de un mito; que el respeto que manifiestan hoy en día los habitantes de Yucatán a un animal doméstico, tiene sus raíces en un sistema de creencias precolumbinas; que los indígenas de América Latina se aman de formas diferentes, y que es necesario estudiar el sentimiento del amor entre ellos; que en la literatura colonial coexisten el discurso europeo con el nativo, y que en aquella se dan intentos por dignificar el papel del indígena en la construcción del nuevo mundo; de las ramificaciones del Popol Vuh en otros mitos; que los literatos contemporáneos recogen en sus textos ideas indígenas sobre la muerte...

Un mundo desperdigado, en girones, en aspectos apenas dibujados es el que aquí aparece. Y sucede que aquel mundo sobre el que se escribe, pierde su capacidad evocativa e imaginativa al ser sometido a las categorías y conceptos teóricos que se utilizan para com-

prender otras visiones del mundo diferentes a la nuestra. Cuando lo escuchamos de viva voz ese mundo palpita, vive y nos incorpora a él. Pero cuando a esa voz la arrancamos de su envoltura social, para convertirla en un ejercicio de nuestra experiencia cognitiva, esa voz dice bien poco.

José María Arguedas -etnólogo y escritor peruano, multicitado en la revista y olvidado misteriosamente hoy en nuestros ámbitos académicos- dice, en la introducción al libro *Dioses y Hombres de Huarochirí* (Siglo XXI, México 1975. p. 11): "El etnólogo y el historiador podrán *presenciar* actos, *ver* rostros *sentir* la palpitación de quienes creyeron en los dioses antiguos y por qué los concibieron y creyeron en ellos. No es un indio importante o 'docto' el o quienes nos hablan de su mundo, son indios bastante comunes, contagiados ya de creencias cristianas sumergidos aún y de manera muy encarnizada en la antigua religión, actores de la vida prehispánica. Y hablan de ese universo en el lenguaje que fue creado para describirlo y trasmitirlo más a la experiencia mítica que a la intelectual".

Toca a la Antropología encontrar un lenguaje que nos permita recuperar la envoltura (ese presenciar, ver y sentir) de aquella voz. Pero antes quizá sea necesario para que ni ella ni la nuestra se queden mudas, que los conglomerados humanos del campo y la ciudad donde aquel mundo imaginario nace y se reproduce, puedan dotarse de los elementos necesarios para desarrollarlo en su lengua original y bajo las formas que ellos consideren pertinentes.